

## LIBROS

---

*La Aventura de Jerónimo Köler. Sevilla, 1533,*  
de Luis Méndez Rodríguez



*Women's Literacy in Early Modern Spain and the New World,*  
de Anne J. Cruz y Rosilie Hernández (eds.)



*El episcopado español y el alto clero en la Guerra de la Independencia  
(1808-1814). La huella del afrancesamiento,* de Luis Barbastro Gil



*Del orgulloso foralismo al foralismo tolerado. Atmósfera política,  
fundamentación jurídica y contenido normativo de la Nueva Planta.  
La reacción de la historiografía jurídica aragonesa,*  
de Guillermo Vicente y Guerrero



*Una sociedad conyugal. Las élites de Valladolid en el espejo de  
Magdeburgo en el siglo XIX,* de Jorge Luengo



*1914. De la paz a la guerra,* de Margaret MacMillan



*La Universidad Central durante la Segunda República. Las ciencias  
humanas y sociales y la vida universitaria (1931-1939),*  
de VV.AA.



*La política como pasión. El lehendakari José Antonio Aguirre  
(1904-1960),* de Ludger Mees, José Luis de la Granja, Santiago de Pablo y  
José Antonio Rodríguez Ranz



*Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo  
español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965),*  
de Ángel Alcalde



Reseñas de:

José Miguel Escribano, Laura Malo Barranco, Javier Ramón Solans,  
María Ángeles Álvarez Añaños, Andoni Artola,  
Antonio Alcusón Sarasa, Arturo Compés,  
Francisco Javier Caspistegui y Pablo Gómez Nogales



## De Viajeros y Relatos de Viaje en la Europa del Renacimiento

Luis Méndez Rodríguez, *La Aventura de Jerónimo Köler. Sevilla, 1533*, Sevilla-Madrid, Fundación Focus-Abengoa, Marcial Pons, 2013, 285 pp.

A primera vista, el libro que reseñamos aquí puede parecer la enésima obra que pretende seguir algunos éxitos editoriales de dudoso gusto y fácilmente reconocibles por sus repetitivos títulos tipo: «la aventura de (...)». Sin embargo, afortunadamente, se trata de un producto diferente. La obra consta de dos partes bien diferenciadas. Por un lado, la edición de algunos fragmentos de «La Vida y Viajes de Jerónimo Köler», relato autobiográfico que este comerciante alemán de mediados del siglo XVI escribió narrando su periplo por el continente europeo. Por otro, el principal objeto de esta reseña: un estudio en el que el autor, Luis Méndez Rodríguez (profesor de historia del arte de la Universidad de Sevilla) analiza esta fuente enmarcándola en el contexto que la vio nacer, así como en la corriente cultural que le dio forma y en cuyo seno adquiere significado.

No hace falta incidir en la riqueza de los relatos de viajes como fuente. Por ello, conviene comenzar subrayando la notable contribución del autor al poner a disposición de la comunidad científica un texto de difícil acceso ya que el manuscrito (conservado en la British Library y ya publicado en los años treinta del siglo

XX) prácticamente había escapado al conocimiento del modernismo. Así pues, esta pieza viene a completar los repertorios de relatos de viajeros ya conocidos, cuyo estudio ha venido proporcionando interesantes frutos desde hace años. Además, y merece la pena subrayarlo, completa esta lista (en la que predominan de manera taxativa los nombres de embajadores italianos) dotándola de una mayor variedad, ya que Köler nos ofrece una mirada mucho menos conocida. Por último, el trabajo del profesor Méndez Rodríguez es todavía más encomiable si cabe teniendo en cuenta que la fuente está escrita en alemán y latín, dos idiomas que no suelen estar presentes en la panoplia lingüística de los modernistas hispanos.

En cuanto al estudio interpretativo, el autor acierta desde el primer momento al subrayar la valía de la fuente como una ventana abierta a una serie de realidades de ese mundo extraño que es la Europa de la Edad Moderna. Así, su estudio se organiza en cuatro capítulos diferentes que abordan cada uno de estas temáticas desde la atalaya de la obra de Jerónimo Köler. El primer capítulo describe la ciudad hispalense prestando especial atención a los testimonios de viajeros y a la profunda transformación de la urbe como consecuencia de su recién estrenada condición de emporio del nuevo comercio atlántico. A esta peculiar imagen el autor añade un breve análisis de las reflexiones de Köler sobre los miembros de la nueva clase social enriquecida merced a este comercio.

En el siguiente capítulo nos adentramos en la comunidad de mercade-

res alemanes asentados en la ciudad del Guadalquivir. Esta descripción de la nación alemana ayuda a comprender mejor la estancia de Köler en Sevilla a la luz de su vinculación con la casa comercial de los Welser, los famosos banqueros del Carlos V. Estos financieros consiguieron del César el privilegio de conquista y colonización de Venezuela y, precisamente en una de las expediciones organizadas a tal efecto nuestro hombre, Jerónimo Köler, intentó pasar a América. Por ello el alemán puede ofrecernos un relato detallado de la organización de esta empresa y de su desastroso comienzo. Su narración es todavía más valiosa ya que nos ofrece la imagen de un desengaño, de un frustrado sueño americano truncado antes de empezar y que pasa a ser así un interesante contrapunto al de muchos otros arrastrados por el sueño de «El Dorado». A ello hay que sumar los breves pero ricos pasajes en los que Köler expresa las dudas que despiertan en él las formas excesivamente crueles de la colonización americana y que pueden interpretarse como unos de los primeros ecos de la naciente «leyenda negra». También resultan interesantes las breves alusiones a las motivaciones del alemán a la hora de emprender sus viajes, sus reflexiones sobre el viaje en sí mismo o la forma de encarar los múltiples peligros que jalonaron sus travesías marítimas. Mención especial merece el análisis que Méndez Rodríguez realiza sobre los dibujos y acuarelas que Köler incluyó en su libro. Unos dibujos que constituyen: «un testimonio de gran valor para comprender la visión so-

bre América y los indígenas» y es que se trata de: «una representación en la que, más que descubrir América, los artistas la inventan poco a poco conforme al estereotipo del indígena» (pp. 111 y 112). Resulta muy interesante que Köler adoptara la imagen del indio difundida en Europa y que nada tenía que ver con el paisaje humano del continente americano, algo que nos ayuda a conocer mejor la circulación y recepción de este tipo de imágenes. Sin embargo, las conclusiones del autor sobre la representación de las ciudades americanas que Köler también incluye en su libro resultan más modestas ya que se limitan a reproducir la visión «europeizada» que imperaba en el viejo continente.

En el tercer capítulo Méndez Rodríguez se centra en el texto de Köler como un ejemplo de los múltiples intercambios culturales y las diferentes visiones del mundo que circulaban en la Europa del renacimiento. De este modo intenta analizar su contenido ubicándolo dentro del género al que pertenece y en relación con otros relatos de viaje publicados en la misma época. A su vez el autor es capaz de reconstruir en este capítulo algunos aspectos de la vida de Jerónimo Köler como el ambiente de Nuremberg (la ciudad en la que creció) su formación o su estrecha relación con el mundo de la incipiente reforma protestante. Este apartado resulta especialmente interesante, ya que el autor alemán nos ofrece su visión como testigo de primera línea merced a su contacto directo con personajes como Felipe Melancton, con quien compartía lazos familiares, o el propio Martín Lutero.

Por último, el capítulo cuarto es un análisis de la fuente en sí. El autor aborda aquí la composición de la obra, su materialidad, su destinatario, sus dibujos, pero también sus elementos discursivos o las estrategias de comunicación empleadas por el alemán, todo ello con el objetivo de contribuir a un mejor conocimiento de este género literario a partir de la obra de Köler. Por ello, el profesor Méndez Rodríguez nos ofrece aquí una amplia reflexión sobre los relatos de viajeros del renacimiento con elementos especialmente interesantes como el carácter del autor de estos relatos como una suerte de intermediario cultural. El capítulo incluye también una reconstrucción de los viajes de Jerónimo Köler después y antes de su paso por Sevilla.

Sin duda el profesor Méndez Rodríguez cuenta con el mérito de proporcionarnos una fuente que ofrece interesantes elementos para contribuir a un mejor conocimiento de la sociedad europea del renacimiento. Los estudiosos de los llamados procesos de confesionalización encontrarán en el texto de Köler interesantes notas sobre cómo sus contactos con la reforma protestante influyeron (o no) en su forma de percibir las diferentes realidades que encontró en sus viajes por Europa. Así, resulta especialmente interesante constatar los numerosos puntos en común entre el relato del alemán y el de algunos autores de la España de la contrarreforma a propósito de la figura del mercader vilmente enriquecido gracias al nuevo comercio americano. ¿Similitudes entre una ética católica

y una ética protestante en lo referente a esta figura del naciente capitalismo? Quizá Carlo M. Cipolla hubiera encontrado aquí algunas notas para sus partituras más alegres. Por otra parte, los estudiosos de la historia de la cultura material, tan en boga en los últimos años, hallarán en las múltiples referencias a la indumentaria de Köler un fiel reflejo del carácter camaleónico de los mercaderes renacentistas. Por último, los historiadores del arte, encontrarán en los dibujos que acompañan la obra, y en las reflexiones de Méndez Rodríguez sobre ellos, interesantes detalles sobre la representación gráfica del otro en la Europa renacentista.

Sin embargo el libro presenta también algunos elementos problemáticos. En primer lugar, en cuanto a la edición del texto de Köler, cabe señalar un par de aspectos. Siempre resulta deseable que la edición sea lo más completa posible, pero en esta ocasión la decisión de incluir únicamente una versión traducida y modernizada resulta acertada. Ahora bien, lo que no queda tan claro es si la selección de los textos también lo es. De hecho se echa en falta información sobre los criterios empleados por el autor a la hora de escoger los fragmentos editados. Por último, a pesar de que la traducción realizada por Isabel Serván parece limpia, una revisión del texto hubiera evitado algunos errores que pueden llevar a confusión. Así, resulta más plausible que tras su estancia en Venecia Jerónimo Köler y sus compañeros de viaje se desviaran hacia Bolonia y no hacia Polonia en su viaje a Roma (p. 227) o que el autor

presenciara una avalancha en 1526 y no en 1426 (p. 229).

Mucho más espinoso resulta el estudio en torno a la obra del mercader alemán. En primer lugar la estructura general resulta un tanto caótica y quizá hubiera sido conveniente alterar el orden de los capítulos. Desde el primer momento el lector echa en falta información fundamental sobre la obra que sólo se le proporciona en el cuarto capítulo. De la misma manera, el autor de la fuente y sus circunstancias vitales son abordados en el tercer capítulo, mientras que el primero es dedicado a un aspecto quizá demasiado específico: la breve «aventura» de Köler en Sevilla. Además, la longitud de los capítulos es bastante desigual: el primero tiene apenas veinte páginas mientras que el segundo ronda las cien, algo que lo convierte en una suerte de cajón de sastre desde el punto de vista temático. Por desgracia el problema de la falta de coherencia interna de los capítulos se repite a lo largo de la obra. Así, el lector puede sentirse frustrado en varias ocasiones porque los objetivos que el autor apunta al inicio de cada capítulo apenas se corresponden con el contenido del mismo. A ello hay que sumar el aspecto inconcluso que presenta la obra en general, no solo porque los diferentes capítulos terminen en ocasiones de manera un tanto abrupta, sino sobre todo porque se hubiera beneficiado de manera notable de la inclusión de unas conclusiones generales. Además, la capacidad del autor para repetir ideas es sólo comparable a la perseverancia de los peores violinistas callejeros.

Quizá el mayor problema del libro sea el escaso diálogo que el autor establece entre ideas asentadas sobre las respectivas temáticas abordadas y la información que la fuente proporciona. Esto es especialmente evidente en el caso del tercer capítulo, que hubiera ganado en profundidad incluyendo, por ejemplo, las reflexiones de la obra de Anthony Grafton sobre el choque entre las ideas y saberes asentados y los nuevos descubrimientos que estaban teniendo lugar en esta misma época.<sup>1</sup> En otras ocasiones, el lector percibe que el hilo argumental está construido siguiendo ideas ya sabidas a las que se añaden algunos elementos que única y exclusivamente las confirman o refuerzan. Esto resulta especialmente evidente cuando se aborda la literatura de viajes. El autor enumera características de este género para contextualizar la fuente estudiada, algo que ayuda al lector no especializado a comprender mejor la obra de Jerónimo Köler. Ahora bien, en algunos momentos se echa de menos cierta elaboración que hubiera aportado algo nuevo ya que, sólo así, este estudio hubiera podido llegar a cumplir uno de sus objetivos: contribuir a un mayor conocimiento de los relatos de viajes. Por último, a la luz de trabajos elaborados a partir de materiales similares, el lector lamentará el tono meramente descriptivo de la obra. Así, por ejemplo, el autor podría haber intentado completar la información sobre la obra para sacarle así más partido y arrojar algo de luz sobre las redes mercantiles que conectaban Sevilla con el nuevo mundo como ha hecho Natalia Maillard en su artículo

sobre el relato del mercader Alessandro Fontana.<sup>2</sup> También podría haber utilizado el texto de Köler para abordar cuestiones mucho más complejas o de carácter más general, como han hecho Eve M. Duffy y Alida C. Metcalf en su libro sobre otro viajero alemán, el famoso Hans Staden, en el que analizan la vida de estos mediadores culturales y su papel en la construcción del mundo atlántico.<sup>3</sup>

Sin embargo hay que finalizar resaltando una vez más el mérito del autor al redescubrir y hacer accesible parte la obra de Köler, algo que sólo el tiempo y los sucesivos abordajes por parte de los historiadores interesados por ese universo fascinante que es la Europa del siglo XVI pondrá en valor. Sin duda, el interés actual por este tipo de objetos de estudio, augura una amplia recepción de un libro que ha contribuido a abrir una nueva ventana desde la que observar la sociedad de la Edad Moderna.

José Miguel ESCRIBANO

*European University Institute*

### Notas

- <sup>1</sup> Anthony Grafton, *New World, Ancient Texts: The Power of Tradition and the Shock of Discovery*, Cambridge Mass., The Belknap Press of Harvard University Press, 1992.
- <sup>2</sup> Natalia Maillard Álvarez, «Un mercader véneto en la Carrera de Indias: el relato de Alessandro Fontana (1618)», *Anuario de Estudios Americanos*, 70-1 (2013), pp. 307-331.
- <sup>3</sup> Eve M. Duffy y Alida C. Metcalf, *The Return of Hans Staden. A Go-Between in the Atlantic World*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2011.

## Libros, mujeres y plumas: la alfabetización femenina en la Edad Moderna

Anne J. Cruz y Rosilie Hernández (eds.), *Women's Literacy in Early Modern Spain and the New World*, Ashgate, 2011, 274 pp.

La educación femenina, la capacidad de lectura y escritura enseñada a las niñas, ofreció a la mujer de la Edad Moderna hispana la posibilidad de adentrarse en un mundo que hasta entonces le había sido vedado. La alfabetización le abrió las puertas del espacio literario, permitiéndole leer para sí misma y para otras mujeres, componer poemas, teatro o novelas, y escribir cartas, unas cartas que le mostraban el mundo más allá del claustro y le ayudaban a asumir el mando en los asuntos de su casa.

Las autoras Anne J. Cruz y Rosilie Hernández han reunido, en esta obra coral, un interesante grupo de artículos que ofrecen una variada perspectiva sobre la mujer y su relación con el mundo de las letras. Divididos en tres partes diferenciadas, los textos nos acercan al modelo de la enseñanza en femenino, un modelo representado y descrito por el arte y la literatura del momento.

Con el título *Prácticas de la alfabetización femenina*, se inaugura el primer conjunto de textos. Nieves Baranda Leturio abre esta sección destinando sus palabras al análisis

de las dedicatorias preliminares de obras escritas, aquellas que, dirigidas a mujeres, se convertían en un regalo público del autor a la receptora de la obra. Estas diseñaban en sus líneas una imagen femenina arquetípica que servía de modelo y ejemplo a la mujer lectora. Al mismo tiempo, mostraban el poder y la influencia femenina ejercida sobre los autores a través de la financiación y la promoción de la lectura de sus trabajos. Por todo ello, como expone Baranda Leturio, las mujeres proyectaban sus intereses y deseos particulares en los libros que les eran dedicados, unos gustos y temáticas variados que describen, en parte, las prácticas de lectura femeninas de la Edad Moderna española. Sobre dichas prácticas incide en su artículo Anne J. Cruz, donde plantea las posibilidades existentes en relación con el acceso femenino al libro. Ya fuese por medio de la capacidad lectora o gracias a las lecturas colectivas, las canciones, el teatro o los sermones, las mujeres conocían el contenido de las narraciones de ficción y los tratados religiosos. Este conocimiento, y el aprovechamiento que hacían de los libros a su alcance, propiciaba una mejora de su nivel educativo. Las obras que las rodeaban, pertenecientes a colecciones familiares o a sus parientes varones, influían en su avance cultural, el cual variaba dependiendo de la naturaleza de los textos de lectura. Algunos de estos textos capaces de educar llegaban doblados en forma de cartas. Este es el caso, de la correspondencia mantenida entre Hipòlita Roís de Liori y Montcada, condesa de Pala-

mós (1479-1546) y su hija, Estefanía de Requesens (1504-1549). Con sus cartas, Montserrat Pérez Toribio, nos acerca a unas misivas de temática familiar, administrativa y doméstica, que, sin embargo, se convirtieron en un espacio de intimidad textual para las dos damas, donde se pedían y recibían consejos y por medio de las cuales se podía enseñar. El uso del género epistolar como herramienta educativa permitió a la madre dar ejemplo en la distancia, así como extender la importancia de la línea femenina de instrucción. Esta primera formación femenina tiene en Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli (1540-1592), a la protagonista indiscutible del último texto. En él, Trevor J. Dadson, trabaja la educación de dicha dama y plantea, por medio del estudio de sus cartas, cómo la joven Ana podía escribir con estilo y leer con fluidez, plasmando una voz poderosa e individual en su difícil caligrafía. Su educación, dentro del hogar y a cargo de un tutor privado, tuvo también el apoyo de su madre, Catalina de Silva. Entre sus libros, Catalina reunió toda una serie de obras de gramática, diccionarios, introducciones al estudio del latín, libros de música y manuales de escritura epistolar, que formaron parte de una biblioteca cuyos volúmenes influyeron sin duda en la formación de su hija. La puesta en práctica de las capacidades que ofrecía la posibilidad de alfabetización, permitió a muchas mujeres ejercer un papel de mayor responsabilidad y, además, continuar mejorando su educación a lo largo de sus vidas.



La formación femenina se desarrolló también dentro de los centros religiosos, los cuales se analizan en una segunda sección referente a la *Cultura conventual en España y el Nuevo Mundo*. Con la práctica de la lectura y la escritura, Darcy R. Donahue, nos introduce en su análisis sobre la adquisición de estas habilidades tal y como fue descrita en las *Vidas* de las monjas Carmelitas Descalzas del siglo XVII. En ellas, las religiosas realizaron numerosas referencias a su ejercicio de la lectura, practicada tanto individualmente, como en comunidad, por medio de textos devocionales. Además, el intercambio epistolar es mencionado con frecuencia como una vía de contacto con el exterior del claustro, por la cual las monjas recibían noticias y expresaban por escrito sus reacciones a las mismas. Sin embargo, la producción escrita de las religiosas tuvo, en muchas ocasiones, una naturaleza forzada, ya que la tarea de escribir, era fomentada por los confesores como instrumento de vigilancia a la ortodoxia de la religiosa en su oración y sus experiencias espirituales. La doctrina paulina, que abogaba por el silencio femenino y la prohibición a las mujeres de la tarea de enseñar provocó, como narra Elizabeth T. Howe, que muchos de estos trabajos de autoría femenina fuesen silenciados. Según Howe, el ejemplo particular de Santa Teresa de Jesús aportó un giro a las críticas, disimulado tras una «retórica de humildad». La santa plasmó su intención de instruir a las religiosas en la oración y la vida conventual, que justificó en el ejercicio

de su derecho como madre y priora; encargada, al igual que las madres del mundo secular, de la primera instrucción de sus hijos en la oración y la buena conducta. Los rechazos al dictado paulino, que negaba el acceso femenino a las letras, cruzaron el Océano y, desde el Nuevo Mundo, se escucharon voces que acusaban a las jerarquías eclesiásticas por mantener a las mujeres en la ignorancia. De todas ellas, Stephanie L. Kirk presenta un debate entre religiosa y confesor, entre sor Juana Inés de la Cruz y Antonio Núñez de Miranda. Ambos discutieron en la Nueva España de la segunda mitad del siglo XVII, enfrentando sus opiniones sobre la limitada alfabetización que recibían las religiosas y la salida al espacio público de la actividad literaria femenina. Este debate nos introduce en el artículo que cierra la sección, en el que Clara E. Herrera analiza las características de la educación conventual en Nueva Granada; del convento como espacio de recogimiento y custodia, donde las niñas recibían una primera formación. El Monasterio de Nuestra Señora de la Encarnación de Popayán y el Beaterio de Cali, reflejan dos realidades de enseñanza muy distintas, donde monjas y maestras beatas de la comunidad, educaban a las muchachas. Este aprendizaje otorgaba el poder de la palabra a unas mujeres que pudieron expresarse dentro del convento aunque siempre enfrentadas a la autoridad masculina, la cual auspiciaba la actividad de las religiosas bajo sus intereses y, a la vez, ponía freno a la invasión femenina de la esfera pública.

Es en este espacio público, donde se ubican los temas de la tercera sección de la obra: *Representando la educación femenina en el arte y la literatura*. Con Lope de Vega se abre un texto dedicado a un aprendizaje distinto, en el que Adrienne L. Martín nos habla del poder del amor para educar en las obras del popular dramaturgo. En ellas el amor es, para las mujeres, la chispa que pone en marcha el potencial que les permite aprender. Finea, en *La dama Boba* y Rosaura, en *El animal de Hungría*, despiertan gracias al primer amor que, para poder casarse, les enseña a sentir y a comportarse de acuerdo a su género y a sus expectativas sociales. Dejando a un lado los dones intelectuales, Lope entretiene con estas enseñanzas del amor, declarando el matrimonio como el estado más perfecto, fin último de la educación femenina. Lejos de esta idea, Alicia R. Zuese y Yolanda Gamboa-Tusquets, nos presentan a dos mujeres escritoras, Ana Caro y María de Zayas, que consiguieron hacerse leer y escuchar en la España del siglo XVII. De la mano de Ana Caro, Zuese se adentra en las academias literarias de las provincias y la Corte, en las cuales ciertas mujeres privilegiadas pudieron acceder a experiencias de aprendizaje colaborativo entre artistas, así como a la competición y la perspectiva satírica que presentaban las reuniones de la capital. De este modo, las mujeres custodiaron la memoria de aquello que se decía y hacía en los círculos literarios de su tiempo. Una memoria que, según Gamboa-Tusquets, fue mantenida y fomenta-

da gracias a los vínculos femeninos de los que fueron precursoras las mujeres escritoras. Entre ellas, María de Zayas mostró en sus *Novelas amorosas y ejemplares* (1637) y en sus *Desengaños Amorosos* (1647) genealogías de mujeres sabias y describió, a la vez, sarasos ficticios a imagen de lo real, en los que las mujeres cultas se entretenían creando, debatiendo y haciendo música en un círculo cultural propio. Estas mujeres educadas fueron las receptoras de las obras de Martín Carrillo y María de Guevara, quienes según Rosilie Hernández proyectaron una imagen femenina fuerte, astuta y valiente, jugando con los ejemplos de las mujeres bíblicas y las damas de la antigüedad. Sobre estas mujeres ilustres podían verse reflejadas las religiosas y damas del Convento de las Descalzas Reales de Madrid, gracias a los espejos donde Sebastián Herrero Barnuevo pintó las siluetas descritas por Carrillo. En ellos la observadora quedaba superpuesta a la imagen ejemplar, reconociéndose en ella, del mismo modo que las mujeres de Sevilla se vieron identificadas en la iconografía de una santa Ana madre y maestra, con un libro abierto sobre las rodillas en el que leía una joven María. Las pinturas sobre la educación de la Virgen de Juan de Roelas y Bartolomé E. Murillo o la escultura de Juan Martínez de Montañés, crearon, tal y como afirma en el último texto Emilie L. Bergmann, una fuerte conexión entre la doctrina cristiana y la vida diaria de las mujeres. Estas se vieron representadas en una escena en que la madre ofrecía a su hija el primer

acceso a la palabra. Una escena que plasmaba la línea familiar de educación y en la que sí educaba el amor, el ejemplo y la costumbre.

Por medio de la unión de los distintos textos, Cruz y Hernández consiguen combinar con éxito unos temas muy distintos entre sí, componiendo una obra cuya variedad de fuentes, opiniones y su abundante aportación bibliográfica la hace fundamental en el estudio de la formación femenina. El interesante enlace creado en los textos entre literatura, historia y arte proyecta una imagen llena de matices, un conjunto de detalles que atraen la atención y el interés hacia el espacio educativo femenino en la Edad Moderna.

Laura MALO BARRANCO  
*Universidad de Zaragoza*

## La jerarquía eclesiástica ante la Guerra de la Independencia

Luis Barbastro Gil, *El episcopado español y el alto clero en la Guerra de la Independencia (1808-1814). La huella del afrancesamiento*. [Prólogo de Antonio Moliner Prada], Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2013.

Las guerras y las revoluciones alteran de manera sensible las percepciones del mundo. Durante estas

coyunturas críticas, los sujetos históricos se ven impelidos a posicionarse, ya sea a favor o en contra, de una manera firme o ambigua. Las razones que les llevan a adoptar uno u otro partido son muy variadas y van desde lo personal a lo político. A pesar de que algunos sepan aclimatarse a la situación, evitando adoptar posiciones comprometidas y evolucionando al compás de los acontecimientos, para la mayoría la decisión marcará el resto de sus vidas.

Desde su pretensión de liderazgo de la comunidad y su vinculación al poder político, la jerarquía eclesiástica tampoco ha podido ni querido sustraerse a este imperativo de toma de partido. Con frecuencia, estos períodos críticos han creado una línea de fractura en el seno de la institución eclesiástica. Así, por ejemplo, la aprobación de la Constitución Civil del Clero durante la Revolución francesa creó una división insalvable entre el clero juramentado y refractario que tendría un fuerte impacto no sólo en el devenir de la propia Iglesia sino también en el propio proceso revolucionario. En España, la invasión napoleónica provocó una situación similar, la jerarquía eclesiástica se dividió entre aquellos que decidieron resistir y los que santificaron la llegada de la nueva dinastía.

A pesar del importante papel que desempeñó la jerarquía eclesiástica en la Guerra de la Independencia, no existe ningún estudio de conjunto sobre las actitudes de los obispos y dignidades eclesiásticas en esta época. El ensayo de Luis Barbastro Gil viene a colmar dicha laguna historio-

gráfica, ofreciéndonos una síntesis de los estudios biográficos y prosopográficos realizados hasta la fecha sobre el episcopado español. El autor completa el estudio de estas trayectorias biográficas con una novedosa aportación documental proveniente de los fondos, insuficientemente trabajados, de Gracia y Justicia del Archivo General de Simancas y de los archivos parisinos (*Archive des Affaires Etrangères, Archives Nationales y Service Historique de la Défense*), previamente trabajados para su análisis del exilio de los afrancesados.

Esta investigación le permite adentrarse en las dinámicas regionales, analizando las actitudes ante la guerra del episcopado español así como de los miembros de cabildos, monasterios y conventos de la Península ibérica. Entre los diversos casos analizados resulta especialmente importante por su contribución documental el apartado en el que estudia a los eclesiásticos de la cuenca del Duero, una de las primeras regiones ocupadas durante la guerra. Si bien el estudio de Barbastro Gil nos ofrece una completa panorámica del episcopado peninsular, en su análisis faltaría por incluir al resto de territorios de la monarquía hispánica que también se vieron sacudidos por la crisis de 1808. Los trabajos de François Xavier Guerra y su escuela sentaron las bases para el análisis comparado de las realidades iberoamericana y peninsular, una vía que para el estudio de la Iglesia católica no ha sido todavía lo suficientemente explotada. Asimismo, también hubiera resultado interesante esta-

blecer analogías con la actitud de la jerarquía eclesiástica de otros países que también fueron invadidos por las tropas napoleónicas como Portugal o el reino de Nápoles, y que por lo tanto también se vieron sometidos a las mismas disyuntivas.

*El episcopado español y el alto clero en la Guerra de la Independencia (1808-1814)* se estructura en dos partes. En la primera, Luis Barbastro Gil traza las trayectorias de los obispos que resistieron a los franceses desde los primeros momentos de la guerra hasta su emigración a los territorios libres de la ocupación, fundamentalmente a Cádiz y Mallorca. La segunda parte se centra en el estudio de los eclesiásticos que colaboraron en el proceso de instalación de las nuevas autoridades imperiales. Aunque su número fue menor, el autor les dedica casi el doble de espacio que a los obispos «patriotas» lo que descompensa en cierta medida la estructura del libro. En ocasiones esta división puede contribuir a oscurecer otros aspectos igualmente importantes para comprender la realidad de la Guerra de la Independencia. Así, por ejemplo, no da cuenta de la existencia entre el clero «afrancesado» y «patriota» de partidarios del absolutismo así como de defensores de regímenes políticos más aperturistas. Además, esta taxonomía nos puede hacer correr el riesgo de caer en consideraciones partidistas. Así pues, existe una excesiva tendencia a la descripción «heroica» del clero patriota a la vez que una propensión a describir como oportunista o arribista exclusivamente al clero «afran-

cesado» y no al «patriota», como si los motivos que movieran a este último fueran más puros.

En su introducción, Luis Barbastro Gil señala que las tres causas de las diversas actitudes de la jerarquía eclesiástica son: la propia dinámica de la guerra, la heterogénea organización de la Iglesia y el reducido poder del primado. El primer factor no por obvio resulta menos trascendente. De hecho, a pesar de su importancia el devenir de la guerra queda con demasiada frecuencia al margen del análisis de la evolución política de los actores de 1808. Este libro tiene pues la virtud de insistir en que los comportamientos fluctúan en función de acontecimientos como Bayona o Bailén. Las actitudes están sujetas pues a una evolución; fluctúan, se adaptan, cambian en función de la realidad del momento.

Los otros dos factores mencionados, la falta de poder del primado y ausencia de una organización coherente, dan cuenta en realidad del funcionamiento de la Iglesia española del Antiguo Régimen, una institución fracturada y dividida que distaba mucho de aquella centralizada, homogeneizada y jerarquizada que conocerían los hombres de finales del siglo XIX. En este sentido, la obra de Barbastro Gil se hubiera enriquecido considerablemente si hubiera partido en su introducción de una descripción de la Iglesia a finales del Antiguo Régimen así como de las diversas corrientes eclesiológicas existentes y de los enfrentamientos internos previos a la guerra entre los miembros de la jerarquía eclesiástica

española, especialmente entre los cabildos y los obispos.

La ausencia de unas conclusiones finales recapitulativas nos impiden contemplar en su conjunto la riqueza explicativa con la que Barbastro Gil analiza la actitud del clero durante la Guerra de la Independencia, ensombreciendo otros factores igualmente importantes como aquellos de naturaleza más personal. Las redes sociales y de patronazgo tuvieron una influencia fundamental en la decisión por un bando u otro. Así, por ejemplo, no es de extrañar que aquellos eclesiásticos pertenecientes o vinculados a la causa godóista se decantaran tras el motín de Aranjuez por el bando josefino, como la única vía posible para recuperar el poder perdido con la caída en desgracia del Príncipe de la Paz. Asimismo, una parte de la élite social y económica, ya fuera religiosa o secular, continuó actuando como mediadora de la comunidad con el objetivo de, por un lado, afianzar su situación privilegiada, convirtiéndose en la correa de transmisión de las nuevas autoridades francesas y, por el otro, de aliviar los efectos de la ocupación en la población, mediando ante ellas.

*El episcopado español y el alto clero en la Guerra de la Independencia (1808-1814)* constituye un magnífico punto de partida para futuros estudios sobre el clero en la Guerra de la Independencia, permitiendo no sólo establecer paralelismos con otros casos de la península sino también profundizar en el conocimiento de las dinámicas regionales y locales. Este juego de escalas contribuirá sin

lugar a dudas a una mejor comprensión de la dimensión religiosa de la ocupación francesa así como de la resistencia contra la invasión.

Javier RAMÓN SOLANS  
*Münster Universität*

## Fueros y foralismo

Vicente y Guerrero, Guillermo, *Del orgulloso forismo al foralismo tolerado. Atmósfera política, fundamentación jurídica y contenido normativo de la Nueva Planta. La reacción de la historiografía jurídica aragonesa* [prólogo de Fernando García Vicente, Justicia de Aragón], *El Justicia de Aragón*, Zaragoza, 2014, 407 págs.

Esta monografía aborda un tema clave de actualidad por el resurgir de nacionalismos desatado en los diferentes territorios que componen el mapa político español, aunque el trabajo se centre casi en exclusiva sobre Aragón. El detonante fue la Guerra de Sucesión, una confrontación entre los distintos territorios europeos en un «juego de tronos» buscando el equilibrio de las distintas potencias, pero fue también una guerra civil que enfrentó a los españoles y de la que se derivarían diversas consecuencias en función del bando por el que se hubieran decantado, entre ellas la imposición de los denominados Decretos de Nueva Planta y su aplicación a los vencidos.

El autor Guillermo Vicente, doctor en derecho y en historia, especialista en cuestiones de historiografía y pensamiento político-jurídico aragónés nos presenta una obra que aúna los sucesos políticos y normativos de este periodo de transición con la posición que toman diversos autores del momento y donde él mismo se posiciona. Este trabajo no es sino la culminación de un interesante trabajo de tesis doctoral que fue defendida en la Universidad de Zaragoza en el año 2012 bajo la tutela del Dr. Ignacio Peiró. De amplio bagaje intelectual, el autor se mueve con comodidad en este periodo de nuestra historia en el que se adivina claramente su origen y sobre todo su compromiso con Aragón. La edición dentro de la colección del Justicia de Aragón muestra el interés de este trabajo por la información que aporta pero sobre todo por su particular visión e interpretación. En esta colección se incorporan importantes firmas para el estudio del derecho aragónés y la de Guillermo Vicente y Guerrero viene a engrandecer esta serie.

El trabajo está estructurado en tres apartados, en los dos primeros procede a un análisis pormenorizado de cuestiones históricas, políticas y jurídicas con un escrupuloso repaso a los principales estudiosos de este periodo y mostrando lo más relevante de ellos, el tercero el más atrayente, por lo novedoso, del tema con una incursión en la historiografía y con un excelente estudio de la figura del aragónés Diego Franco de Villalba, jurista por excelencia de este siglo y que no ha sido debida-

mente reivindicado como expone el autor: «es un hecho ciertamente notorio la ausencia de estudios sobre su vida y, lo que es más sorprendente, de análisis científico sobre su obra jurídica». Esta cuestión al menos ahora parece solventada con una primera inmersión en el mundo de Franco de Villalba dedicando a su figura dos subcapítulos de la obra, el primero con los «apuntes de una biografía intelectual» de una vida intensa y un segundo apartado donde nos muestra el «ideario jurídico político» que presenta a través de su obra. Todo el potencial de este jurista y forista aragonés del siglo XVIII, principal valedor en la defensa de la foralidad e instituciones tocadas de muerte tras los Decretos de Nueva Planta, queda expuesta magníficamente por Guillermo Vicente. La obra que más interesa de Diego Franco de Villalba al autor es su *Crisis legal, y breve noticia de los Fueros privilegiados de Aragón* que fue impresa en 1710, curiosamente en Valencia, que ni tan siquiera lo solicitó. Este libro es una relación del derecho foral aragonés sobre el que se solicita indulto a Felipe V de acuerdo con una Real Cedula expedida poco antes y donde trata de armonizar con el derecho impuesto por el poder real, algo que era frecuente en el derecho aragonés, que desde el siglo XIII lo conjugo admirablemente con el derecho romano.

El autor de esta obra reflexiona inicialmente sobre la crisis económica y jurídica que viene arrastrando el territorio aragonés propiciada por la expulsión de los moriscos, con un drástico descenso de la población

agraria y en consecuencia de su producción acompañado de un derecho anclado en las viejas estructuras medievales que ya son objeto de reforma por los Austrias. Destaca también la preocupación de los estamentos por la sucesión testada de Carlos II, pero más allá de toda la situación heredada nos encontramos a principio de siglo con una serie de intereses de tipo económico y de poder, tanto en uno como otro bando. Inicialmente la intención del nuevo monarca era el respeto al orden establecido y de hecho juró el respeto a los fueros, aunque bien es cierto que los Borbones por su propia idiosincrasia tenían una concepción fuertemente centralista. Los Decretos de Nueva Planta resultantes de la derrota en los territorios de la Corona de Aragón, supusieron la introducción de un nuevo modelo de gobierno, bajo la forma de un gobierno unitario y ante la desaparición fulminante de los ordenamientos en los reinos de Aragón y Valencia y el recorte de los restantes hubo de buscar un «nuevo» ordenamiento que ocupara de inmediato el vacío jurídico y este nuevo estilo jurídico y planta que se introduce es el modelo castellano, más cercano a los intereses del rey y lo que parece una solución improvisada y perentoria pronto se convierte en definitiva.

A partir de esto el autor reflexiona sobre la legitimidad de los decretos justificados entre otros por el título de conquista que esgrime Felipe V en el primer decreto dado para Aragón y Valencia de 29 de junio de 1707, el más radical y que un mes más tarde se matiza. De resultados de

esta normativa Valencia perderá definitivamente todo su ordenamiento y Aragón recuperará únicamente el derecho privado en 1711, un derecho malherido y sin posibilidad de renovación ya que las principales instituciones que inspiraban sus fuentes habían desaparecido y los jueces que en la Audiencia de Aragón juzgaban desconocían las leyes provinciales, su aplicación e interpretación. A partir de la argumentación jurídica Guillermo Vicente nos da una visión muy personal sobre la legalidad de esta normativa. La presunta rebelión de «todos» los aragoneses y valencianos, queda desmontada por el propio rey que un mes más tarde reconoce que no se ha dado una rebelión en el reino y algunos de sus miembros le han sido fieles, lo cual pone en entredicho la consideración de guerra justa, al menos para parte de los súbditos. En cuanto el otro título jurídico esgrimido: el dominio absoluto del rey, en principio es contrario al primero y principal fuente de legitimidad que es el derecho de sucesión que corresponde por el testamento del último de los Austrias que en una de las cláusulas establecía el juramento de respeto al ordenamiento jurídico de cada uno de los territorios, es decir su poder estaba sujeto a una condición y sobre todo era un poder compartido con los estamentos en la Corona de Aragón, mediante el pacto. Las pretensiones del monarca, cínicas en opinión del autor, fueron acabar con las diferencias existentes entre los distintos territorios que gobernaba y que habían sido la causa de la contienda.

La historiografía presentada en la obra no queda limitada a Diego Franco de Villalba sino que presenta a otros autores de menor entidad, pero no por ello menos valiosos para analizar la evolución del foralismo: Broto, Roa o el mismísimo Carrasco de origen castellano se involucra en este estudio de los fueros y de los distintos procedimientos, la importancia, de la obra de La Ripa es de destacar sus cuatro procesos que es censurada entre otros por Aramburu. El corolario de este siglo XVIII fue el manual de Asso y de Manuel sobre las instituciones castellanas y en las que incluyen algunas aragonesas donde ya observa Guillermo Vicente que nos encontramos con «*un foralismo simplemente tolerado por los poderes centrales*».

En conclusión una obra excelente y oportuna para el momento político actual, donde las relaciones del estado central con las autonomías viene siendo cuestionado, reivindicando alguna de ellas la independencia, dentro de un movimiento claramente nacionalista que aparece no solo en nuestro país, sino también en otros espacios europeos. El planteamiento del autor pone en entredicho los valores que hasta el momento se defienden a favor de esta política uniformista y centralista, como una política simplemente castellanizante en la que se identifican los intereses de España con los intereses castellanos lo que supuso la desaparición de un modelo político pactista y la rica variedad de ordenamientos jurídicos que habían subsistido a diversos avatares no obstante el autor destaca



que frente a esta cuestión, las reformas borbónicas de carácter económico y social supusieron un importante avance para el pueblo español. Esperamos que Guillermo Vicente, orgulloso foralista, nos deleite con nuevos estudios tan afortunados como este donde aborde el descontento generalizado de todos los pueblos periféricos con este centralismo y las consecuencias subsiguientes que lleva a una tardía codificación en el ámbito civil, un derecho privado castellano para los españoles o un derecho de los españoles que abarque todos los derechos que habían de una u otra manera estado vigentes en España.

María Ángeles ÁLVAREZ AÑAÑOS  
*Universidad de Zaragoza*

## Sobre las élites y la revolución liberal

Luengo, Jorge, *Una sociedad conyugal. Las élites de Valladolid en el espejo de Magdeburgo en el siglo XIX*, Publicaciones de la Universitat de València, Valencia, 2014, 286 p.

Decía Umberto Eco en *Cómo se hace una tesis* que una de las tareas más importantes a la hora de plantear una investigación era la delimitación del objeto. Cosa sabida para cualquiera que haya iniciado una, el autor italiano insistía en su célebre guía para novatos en que no había que temer escoger un tema reducido,

incluso «innoblemente sectorial», con tal de que la investigación fuera exhaustiva e hiciera del doctorando la máxima autoridad en la cuestión.

Es lo que ha procurado hacer Jorge Luengo en este libro, adaptación de su tesis defendida en 2011 en el Departamento de Historia y Civilización de la European University Institute. El trabajo tiene entre sus objetivos, afirma en la introducción, ampliar nuestros conocimientos sobre la formación de las élites liberales en Valladolid. Cumple, en consecuencia, con la importante precondition de definir claramente un espacio sobre el que se pueda realizar un análisis más o menos completo. Pero la reducción de la escala espacial no tiene por qué implicar, como no lo hace en el caso que nos ocupa, su desconexión de cuestiones de mayor alcance. De hecho, el fin primario del estudio es el de ahondar, a través de un acercamiento microanalítico, en la problemática de la continuidad o la permanencia de las élites durante el siglo XIX o, en otras palabras, el de volver sobre la recurrente cuestión del impacto de la revolución liberal sobre las jerarquías sociales.

El debate es conocido. La interpretación dominante, formulada hace décadas, sostiene que la revolución liberal había sido en España, en el mejor de los casos, incompleta. Las élites liberales, demasiado débiles, habrían establecido desde la década de 1820 un pacto con las élites veterorregimentales que, a la postre, derivaría en un sistema de corte oligárquico medio siglo más tarde. En diálogo con esta tesis se sitúa la de la

renovación de élites, que desde hace algunos años va ganando fuerza con respecto a su némesis historiográfica mediante análisis detallados sobre los niveles de renta de la nobleza titulada, la evolución del personal político en distintas escalas de gobierno, o la composición de los diversos cuerpos del Estado. La valoración del libro ha de hacerse, por lo tanto, con respecto a su aportación a este debate.

Jorge Luengo va desplegando su argumentación a lo largo de seis capítulos bien trabados (que, en realidad, son cinco más la introducción) en los que, además, realiza una comparación de su caso de estudio con el de Magdeburgo. Con pluma ágil, comienza con un claro planteamiento de la cuestión, en el que hace gala de un profundo conocimiento de la historiografía actual con profusión de bibliografía en varios idiomas. Expone claramente los presupuestos metodológicos en los que se basa su trabajo, y su elección por un arco cronológico amplio que comprende el siglo que va desde 1770 hasta 1870. Procura, así, poder captar mejor los cambios, pero también ponderar el peso de las continuidades. El campo empírico sobre el que fundamenta su estudio está formado por una muestra de 317 varones que ocuparon cargos municipales entre 1835 y 1843 (son, en total, el 70% del total, aquellos de los que ha podido reconstruir la biografía) con sus cónyuges (como bien puede sospecharse por el título, el estudio de los matrimonios, ciertamente fino para el caso vallisoleitano, ocupa una posición central en la economía global del libro). Y, por

último, intenta justificar ante el lector una comparativa con Magdeburgo que, como él mismo reconoce, acaba teniendo una función netamente secundaria, entre otras razones por la asimetría de las fuentes que utiliza para cada uno de los casos.

En relación con la elección de las dos ciudades, el autor explica que en ambos casos se trata de capitales administrativas y centros distribuidores de recursos de sus respectivos entornos, con un importante desarrollo económico durante el siglo XVIII que los convirtió en receptores de emigración regional. Esta influyó, a su vez, en la configuración del grupo dominante local que, en buena medida, vendría a ser como el crisol de grupos dominantes de un espacio rural más o menos próximo con el que se mantenían intensas relaciones comerciales previas. Se une a esto el impacto de las guerras napoleónicas, que en ambos espacios tuvo como consecuencia la reconfiguración de las élites locales, si bien su evolución económica difirió notablemente tras el conflicto entre la expansión comercial de Prusia, y el estancamiento en España (capítulos 1-2).

Al filo de esta evolución se produjo sin duda, según se sostiene en el libro, un cambio en el grupo dominante local, en tanto que aproximadamente la mitad de los que ejercieron los puestos de poder municipal entre 1835 y 1843 habían nacido fuera de Valladolid. Estos, por lo tanto, no coinciden con el grupo que a finales del siglo XVIII controlaba las instituciones locales. Pero matiza la afirmación al asegurar que las fami-

lias bien situadas en los últimos años del Antiguo Régimen lograron partir en algunas ocasiones en una situación de ventaja en el nuevo contexto, lo cual les permitió no solamente conservar su posición sino, a veces, mejorarla. El cambio, por lo tanto, no residiría tanto en el recambio del personal, sino en los modos por los cuales este accedía o se mantenía en el poder. Las nuevas élites obtendrían una posición hegemónica sólo a partir de los años 30 del siglo XIX culminando, así, un proceso de adaptación que se desarrolló en las décadas antecedentes y que tuvo como resultado (y, en parte, como causa) la formación de una compleja red de intercambios matrimoniales entre grupos llegados a la capital desde su entorno, y en no pocas ocasiones desde lugares más alejados de la geografía peninsular (capítulos 3, 4, 5).

Las instituciones sirvieron a los protagonistas de esta historia como escaparate de su éxito social. Desde el Ayuntamiento, utilizaron a partir de 1834 los recursos simbólicos a su alcance para manifestar su comunión con el sistema. De esta manera, los festejos públicos devenían ocasiones para expresar su vínculo con el trono isabelino, presentándose como los adalides del nuevo régimen político. En este mismo sentido, su condición de mayores contribuyentes de la ciudad les permitía realizar donativos para causas nacionales (como los hechos en favor de la causa cristina durante la Primera Guerra Carlista, que cumple la función de enemigo común contra el cual reafirmarse) o

benéficas. No obstante, su acción no solamente aprovechaba las estructuras existentes, sino que se dirigía a la implementación de otras nuevas, como ocurrió (en toda España) con la creación de liceos, ateneos y casinos. Estos ámbitos de sociabilidad, que el autor estima rupturistas con respecto a la sociabilidad ilustrada, sirvieron de escaparate a la nueva sociedad formada sobre el basamento de las relaciones de parentesco (capítulos 5-6)

En definitiva, tanto en Valladolid como en Magdeburgo se habrían conformado unos grupos de nuevo cuño a partir de un proceso de «reestructuración social» arrancado a finales del siglo XVIII con la introducción de las fortunas recientes en las estructuras de gobierno locales. Las transformaciones económicas aceleradas por las guerras napoleónicas ayudarían a afianzar este cambio, fruto de la adaptación (palabra estrella de las conclusiones) de unas élites heterogéneas que se fusionaron por medio del matrimonio. Hubo por lo tanto cambio, pero no brusco, sino consistente en un «diálogo de fuerzas en un proceso de fuerte incertidumbre con unas estructuras sociales heterogéneas, en continua adaptación y en difícil definición» (p. 205).

La sensación que, después de todo esto, le queda al lector es la de que el autor evita tomar posición con respecto al debate que, al menos en parte, ha animado su investigación. Es decir, que no se sabe en qué medida ha habido una revolución si, como explica, ha habido cambio pero este en realidad no es tal, sino una adap-

tación a circunstancias cambiantes. O si ha habido una adaptación pero no un cambio, con lo cual tampoco habría habido una transformación verdadera de la composición de la élite local, sino un fenómeno de cooptación. La falta de precisión en algunos pasajes es uno de los puntos débiles de este trabajo. Carencia que se corresponde con la confusión conceptual porque, en efecto, la sucesión de conceptos, muy indefinidos en algunos casos, introduce al lector en un carrusel de nociones sin profundidad que puede desviarle del hilo conductor de la historia.

La concentración de los esfuerzos del investigador en un tema bien acotado, como quería Umberto Eco, no comporta necesariamente la simplificación del objeto, sino probablemente todo lo contrario. El encasillamiento del grupo que se estudia en una serie de categorías predeterminadas (visible en el, por otra parte muy útil, anexo que se incluye al final) impide al autor obtener una visión más rica y compleja. Lo que a su vez le lleva a desatender los contextos supralocales (aunque se proponga tenerlos en cuenta, p. 26) para privilegiar los aspectos locales. Ciertamente es que no se propone analizar lo local como un espacio de interacciones puramente endógenas, como muestra al realizar el estudio sobre el origen geográfico de los cónyuges, pero la asignación de atributos unívocos a los actores le impide reparar en su conexión con fenómenos de mayor amplitud.

El ejemplo de los Gardoqui, conocida familia de origen bilbaíno

entre los que hubo un cardenal o un diplomático con especial protagonismo durante la independencia de los Estados Unidos, y para los que existe abundante bibliografía, es elocuente al respecto. Esta parentela, que se extendía a escala global, aparece para el autor como una «microrred autónoma» sin grandes conexiones con otros grupos. Los distintos espacios en los que los actores participan, y que no se tienen en cuenta en este estudio (véase el caso de Cesáreo Gardoqui, quien aparece clasificado como «propietario» en lo concerniente a su profesión, prescindiendo de que había sido intendente de Castilla la Vieja, corregidor de Valladolid o intendente del reino de Galicia, entre otros cargos) hubieran procurado otra perspectiva.

Al margen de estas consideraciones, estamos ante un trabajo útil. La meritoria explotación de documentación municipal, eclesiástica, y notarial, aunque podría haber sido completada con otro tipo de fuentes, revela la capacidad de manejar un importante volumen de datos con soltura. La información que proporciona es, desde luego, de alta fiabilidad, lo cual no siempre es el caso. Y ha logrado alcanzar un conocimiento tan minucioso del tema particular que se ha propuesto investigar que no se puede concluir sino afirmando que, de acuerdo con la precondition que evocábamos al inicio, el lector se encontrará ante un estudio valioso.

Andoni ARTOLA

*Maison des Sciences de l'Homme  
Clermont-Ferrand*

## En el centenario de la «Gran Guerra»

Margaret MacMillan, 1914. *De la paz a la guerra*, Madrid, Ediciones Turner, 2013, 847 páginas.

En estos tiempos de conmemoraciones históricas y de auge de la «novela histórica» en que la historia se ha convertido en un mercado muy interesante para las editoriales, las cuales vienen a cubrir una extensa demanda de la sociedad sobre «temas históricos» con la edición y traducción de títulos más o menos afortunados, es de agradecer a la Editorial Turner, la pronta traducción y puesta a la venta con gran número de ejemplares de la obra de MacMillan que vamos a comentar. Un libro de una grandísima calidad, tanto en su exquisita narrativa propia de la mejor historiografía británica, como en las cuestiones puramente históricas que viene a satisfacer y que gracias al Centenario de 1914, puede ser disfrutada en castellano por los aficionados a temas históricos, a diferencia de otras magníficas y recientes obras sobre la I Guerra Mundial como la de Alan Kramer, que lamentablemente y al no ser traducidas quedan atesoradas por los especialistas.<sup>1</sup> Bienaventurados sean pues, los tiempos de conmemoraciones, si además de la traducción de esta obra, la acompañan libros como los de Max Hastings –quizá el más comercial de todos los que han aparecido, en consonancia con el resto de su prolífica obra–, y Christopher Clark de temática simi-

lar –los orígenes y/o primeros compases del conflicto– o la magna obra de David Stevenson que abarca todo el conflicto.<sup>2</sup>

Pero, ahora bien, ¿responde este libro a las demandas de los lectores sobre la culpabilidad alemana o al comentario exhaustivo de los acontecimientos que minuto a minuto llevaron al estallido del primer conflicto bélico general europeo en cien años? Y la respuesta es, no. Pero ahí reside la principal virtud de esta obra, que como las buenas películas con un final abierto, da a los lectores las herramientas que la reciente historiografía de las relaciones internacionales ha ido aportando sobre las causas del estallido del conflicto, que bien podría haber sido evitada si los partidarios de la guerra no se hubieran impuesto, o podría haber sido una guerra diferente entre otras naciones como Gran Bretaña contra Francia y Rusia si los derroteros de la historia la hubieran llevado por otros caminos, es decir, la Gran Guerra no fue inevitable, ni necesariamente tuvo que ser como fue, y he ahí uno de los principales aciertos de este libro para el gran público, aparte de reivindicar el papel del «azar» o de los grandes personajes en las decisiones que llevaron al estallido en la forma en que se produjo el conflicto, y lejos de resultar «rankeano», a veces estos aspectos son necesarios de recordar en la historia política, ya que esta –como toda forma de hacer historia– debe responder a las preguntas y problemas que los historiadores nos planteamos. Esto mismo hace la autora, y además con toda una base

de acontecimientos económicos, sociales y culturales de los que salió el «magma» en el que a la hora de la verdad –el túnel del tiempo de julio y los primeros días de agosto– en el que los grandes personajes tuvieron que tomar las decisiones desacertadas que en un imaginario de estado de guerra psicológica les indujo a tomar las decisiones que llevaron a la catástrofe y a la caída del «mundo de ayer», es decir, el fin del «largo siglo XIX», en afortunadas palabras de Stefan Zweig. Sin embargo, y como nos dice MacMillan, no juzga a los responsables, simplemente «Acaso a lo más que podamos aspirar sea entender lo mejor posible a aquellos individuos que debieron decidir entre la guerra y la paz, así como sus fuerzas y sus debilidades, sus amores, sus odios, sus prejuicios» (p. 759), a esto se dedica la autora a lo largo de las páginas sin resultar pesado, sino abriendo ventanas que el lector debe interpretar como diferentes soluciones a los conflictos previos que quizá en sus resoluciones empujaron a los líderes políticos a pensar que, una vez más, en 1914 podrían apretar un poco más a los rivales sin desatar el Apocalipsis, o a la creación de imaginarios exclusivistas que como el darwinismo social, tendrán un triste protagonismo en los compases del Siglo XX. En este orden de cosas, se tomarán las decisiones definitivas de 1914, así la importancia de los grandes personajes empujados por acontecimientos históricos, o el «azar» como la desafortunada desaparición del líder socialista y pacifista Jean Jaures –asesinado por un «patriota»

francés– que podrían haber hecho valer su voz en contra de la guerra. Así lo que se convertiría en crítica para otros historiadores empeñados en las largas estructuras y los grandes procesos pero que no siempre funcionan para todo, en mi opinión se convierte en la reivindicación cuando es necesario, es decir, cuando viene a solucionar las preguntas que nos hacemos los historiadores, de la importancia de los acontecimientos cortos y de las individualidades para algunas circunstancias de la historia.<sup>3</sup>

En cuanto a los aspectos formales de la obra, esta está dividida en veinte capítulos más un epílogo, partiendo del primer capítulo «Europa en 1900», va caracterizando las circunstancias económicas, políticas y sociales de las grandes potencias del momento, desde el Imperio Británico a Austria-Hungría –un anacronismo histórico ya entonces y del que se ha escrito y traducido muy poco al castellano– el Imperio del Zar, la conflictiva pero resistente Tercera República Francesa, o el Imperio Alemán y la cómica figura del Káiser Guillermo II que con su «Weltpolitik» y su interés en la creación de una gran armada sentó las bases de la futura intervención del Imperio Británico en la guerra. Así mismo, el libro recorre hasta agosto de 1914 por medio de sus interesantes capítulos, la creación de la Triple Entente, los conflictos internacionales previos como las dos Crisis de Marruecos de 1905, 1911, la Crisis Bosnia de 1908 o las Guerras Balcánicas de 1912 y 1913 que se convirtieron en claves

para que el avispero de los Balcanes se convirtiera en el fuego que acabó quemando todo el granero europeo en agosto de 1914. Pero sin duda, los capítulos más innovadores son los centrales en los que narra los pacifismos, el panorama cultural y mental de los europeos de la época, y como esos imaginarios pudieron influir en la desastrosa toma de decisiones que dieron lugar al estallido de la guerra general en Europa.

No obstante, el lector español no especialista podría notar la ausencia de algunas referencias a España en la obra, y el caso es que nuestro país en esos momentos significaba bien poco en el panorama internacional –de ahí nuestra futura neutralidad aunque dio pie a un extenso debate entre germanófilos y aliadófilos que dividió la sociedad española de la época– y solo es nombrado cuando debe, es decir, en los conflictos de Marruecos, en los que se nos encargó el «protectorado» sobre el norte de Marruecos, de infausto recuerdo para muchos soldados españoles que tendrán ahí unos horrores similares a los de otros contendientes en los campos de batalla europeos, africanos y asiáticos que dieron a la conflagración el carácter de conflicto mundial.<sup>4</sup>

En definitiva, nos encontramos con uno de los mejores libros que han trabajado sobre los orígenes de la I Guerra Mundial, y que recopila las últimas publicaciones académicas sobre el particular, así como de los estudios clásicos como los de Fischer o Bárbara W. Tuschman, entre otros. Todo ello con una estupenda prosa y la introducción en el libro

de referencias a cartas diplomáticas y memorias, que hacen al lector introducirse en plenitud en la sociedad europea de principios del siglo XX. No obstante, nos encontramos que algunas similitudes que la autora hace con movimientos terroristas actuales (p. 650) nos parecen un guiño demasiado obvio al lector no especialista, aunque otras como la referencia a Kennedy en 1962 no haciendo caso a los militares que le empujaban a la acción bélica contra los soviéticos, nos parecen más afortunadas, y nos enseñan la moraleja de que del fantasma de 1914, con los militares dejando al margen de las decisiones a los civiles, tal vez no se aprendió en 1939 –fruto de la misma paz de 1919 como la misma MacMillan ha trabajado– pero sí que han marcado, y sin duda deben marcar para el futuro los actos de aquellos dirigentes cuyas decisiones deben desoír los cantos de sirena de los militares, con las cuales pueden llevar a la vida o muerte no ya de unos pocos miles de hombres, sino de la humanidad.<sup>5</sup>

Antonio ALCUSÓN SARASA  
*Universidad de Zaragoza*

#### Notas

- <sup>1</sup> Alan Kramer, *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, Oxford University Press, 2008.
- <sup>2</sup> Véanse de temática similar, Max Hastings, *1914. El año de la catástrofe*, Barcelona, Crítica, 2013 y Christopher Clark, *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Barcelona, Galaxia Guttenberg/ Círculo de Lectores, 2014, y la más actualizada monografía sobre el desarrollo del conflicto, David Steven-

son, 1914-1918. *Historia de la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Debate, 2013.

- <sup>3</sup> Para los interesados en el tema sigue siendo de obligada lectura para este periodo las memorias de Stefan Zweig, *El Mundo de Ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2009 (Originalmente publicadas en 1942).
- <sup>4</sup> Para España durante la Gran Guerra el mejor libro es Francisco Romero Salvadó, *España, 1914-1918. Entre la Guerra y la Revolución*, Barcelona, Crítica, 2002, el cual está descatalogado y sería de gran utilidad que la Editorial Crítica aprovechara este tirón conmemorativo para reeditar este excelente libro.
- <sup>5</sup> El debate sobre la culpabilidad exclusiva de la guerra alemana en Fritz Fischer, *War of Illusions: German Policies from 1911 to 1914*, Nueva York, 1975 (edición original en alemán en 1961). Sigue siendo muy útil, Bárbara Tuchman, *Los cañones de agosto: treinta y un días de 1914 que cambiaron la faz del mundo*, Barcelona, Península, 1917 (edición original en inglés de 1963). La Paz de Versalles de 1919 ha sido magníficamente trabajada por la autora en Margaret MacMillan, *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Barcelona, Tusquets, 2011.

## Miradas hacia el pasado: Universidad y II República

VV.AA., *La Universidad Central durante la Segunda República. Las ciencias humanas y sociales y la vida universitaria (1931-1939)*, Madrid, Universidad Carlos III, 2013.

Una de las consecuencias fundamentales de la posmodernidad es la innegable pluralidad de perspectivas

teóricas, metodológicas y temáticas que en las últimas tres décadas se han venido desarrollando en el estudio y comprensión de nuestro ayer.<sup>1</sup> Al historizarse el pasado de nuestras instituciones culturales, educativas y científicas de la pasada centuria, podemos observar como aquella fragmentación historiográfica, adquiere, al igual que en otros campos, una dimensión positiva. Así, desde hace poco más de una década, el estudio sobre instituciones educativas ha venido ganando un espacio cada vez más importante entre los estudios históricos.

Un caso de estudio que ejemplifica a la perfección lo que vengo argumentando es la reciente obra *La Universidad Central durante la Segunda República. Las ciencias humanas y sociales y la vida universitaria (1931-1939)*. Se trata de un trabajo coordinado por los historiadores Eduardo Gonzales Calleja y Álvaro Ribargorda que surge al calor de un encuentro científico celebrado en la Universidad Carlos III de Madrid a finales de 2012. Una reunión que por su carácter científico, sus participantes así como por la colección en la que se publica,<sup>2</sup> se presenta como una radiografía que refleja de algún modo y, a diferentes niveles, el estadio de desarrollo en el que se encuentra la historiografía española sobre sus instituciones universitarias y científicas del primer tercio del siglo XX.

Entrando ya en el tema que nos ocupa, la obra que presentamos tiene como objeto de análisis la Universidad Central de Madrid durante la Segunda República (1931-1939). Acota-



do el espacio y el tiempo, empecemos por subrayar el planteamiento de la obra que no es otro que estudiar a la universidad Central «con especial énfasis en el campo de las Ciencias Humanas y Sociales y en los aspectos relacionados con la vida universitaria, pero teniendo siempre presentes una visión global de la universidad y el medio educativo español, su inserción en el medio universitario internacional, el contexto científico en el que se desarrollaron sus actividades, sus relaciones y vínculos con otras instituciones –y de forma destacada con los centros de la JAE–, y su inserción dentro de la situación política y social vivida en España durante los años treinta» (p. 18)

Podemos considerar a la luz de lo visto, que la intencionalidad de esta obra colectiva es, de primeras, ambiciosa. Y de segundas y terceras, plural (temática y metodológicamente) y completa. Y no es para menos. En este sentido, la obra está recorrida por diez artículos distribuidos de forma desigual en cuatro grandes bloques temáticos cuyos títulos sintetizan a la perfección el contenido nuclear de cada una de las aportaciones. Veámoslo.

Mientras el primer apartado está dedicado a las transformaciones institucionales, el segundo se ocupa de la evolución y estudio de dos campos disciplinares como son la Filología y el Derecho. Los dos restantes, tienen características diferentes. Mientras el tercero se centra en el análisis de las redes científicas tejidas con el mundo americano, el cuarto y último bloque, está dedicado a aque-

llos otros aspectos fundamentales, y muchas veces olvidados, de la vida universitaria: su vida política y sus formas de funcionamiento y desarrollo. Finalmente, la estructura de la obra queda abierta y cerrada por una introducción, una bibliografía y un apéndice gráfico que da un tono diferente y distinguido a la publicación. Esto en cuanto al origen y estructura de la obra.

En cuanto a su contenido podemos comenzar poniendo de manifiesto que se trata de una publicación que se circunscribe a unos marcos temporales muy concretos. Pese a todo, es importante subrayar el carácter laxo de su temporalidad. De hecho, como bien deja anotado al comienzo de su investigación el profesor de Derecho Sebastián Martín, «lo cierto es que puede resultar un tanto forzada la coincidencia entre la dinámica interna de los saberes, en este caso del jurídico, y el contexto político externo, suministrado por la etapa de nuestra historia denominada como Segunda República» (p. 169). Reveladora apreciación que creo, pone sobre la mesa las dificultades explícitas que tienen este tipo de obras en las que se miden las aportaciones y avances de la instrucción pública y científica en un periodo de tiempo y en unos momentos de la vida política tan concretos.

Sin embargo, es ahí donde radica gran parte del éxito de esta obra. Uno de los grandes logros ha sido saber valorar el papel jugado por el régimen republicano en materia educativa y científica durante la Segunda República pero sin per-

der de vista como se llegó a ello. Se ha subrayado por parte de Antonio Niño, que la Segunda República no tenía, en lo que se refiere a instituciones universitarias, ningún plan de actuación universitario concreto (p. 68). Y de hecho, como bien demuestra, así fue. Con todo, creo que hay una idea general muy importante que vertebra toda la obra. Y es, a saber, que fue durante este periodo cuando en la Universidad Central eclosionaron toda una serie de proyectos educativos y científicos ya en desarrollo desde la primera década del siglo XX.

Y en cierta manera, así fue. Como bien destaca Álvaro Ribagorda en las primeras páginas del libro, «aquella Edad de Plata universitaria que se venía gestando en los años veinte [...] tuvo su momento de mayor apogeo durante la Segunda República por una cuestión de madurez intelectual y respaldo institucional» (p. 13). A decir verdad, todos los autores de esta obra presentan interpretaciones similares sobre el proceso que llevó a la ciencia española a un punto de madurez nunca antes alcanzado.

En relación con ello hay otra cuestión fundamental que se pone de relieve. Y es la siguiente. Se admite que la Segunda República no fue la responsable directa de esa madurez intelectual. Sin embargo, se reconoce que el respaldo institucional que le dio fue decisiva para que la ciencia española se incorporase a los niveles que sus colegas europeos. Un respaldo claro y decidido que da señales de la voluntad de las autoridades repu-

blicanas por modernizar definitivamente la Universidad.

Sin esta voluntad transformadora, es imposible poder hablar de algunas de las iniciativas llevadas a cabo durante el bienio progresista. En estos términos podemos entender el proyecto piloto de reforma universitaria puesto en marcha de facto en las facultades de Filosofía y Letras de Madrid y de Barcelona en 1931 (p. 89). La reforma universitaria era una proclama que venía escuchándose a voces en los claustros universitarios desde hacía tiempo. De hecho, algunos intentos por instaurarla antes de 1931 así lo reflejan. Y como destaca Antonio Niño, sentó la base para lo que después se hizo durante la Segunda República (p. 89). Más acentuado que el caso anterior fue el de algunas ramas del saber como la Filología o el americanismo. En este sentido, y como bien queda constatado, es innegable el impulso y respaldo institucional que recibieron durante la Segunda República (pp. 167 y 232 respectivamente). Dicho esto, ahondemos en otros aspectos fundamentales desarrollados en la obra.

Al mismo tiempo, los protagonistas de aquel proceso, catedráticos y discípulos, impulsaron definitivamente la ciencia española a su renovación e internacionalización. Después de todo, muchos de aquellos científicos, antes o después, habían formado o formarían parte de las JAE a través de las pensiones en el extranjero o convirtiéndose en impulsores y promotores de los diferentes centros de investigación creados por aquella. Sobre todos estos aspectos

da cuenta Luis Enrique Otero Carvajal («La Junta para Ampliación de Estudios y la Universidad Central») en un trabajo en el que demuestra como a la altura de 1935 más del 75% de los catedráticos en plantilla habían tenido o tenían algún tipo de vinculación con las JAE (pp. 46-47).

Por otro lado, aquellos mismos hombres fueron quienes ayudaron al proceso de renovación de la enseñanza y la investigación universitaria. Como se encarga de subrayar Antonio Niño en su investigación acerca de «La reforma de la Facultad de Filosofía y Letras y sus referentes internacionales», se trató de una reforma universitaria que «surgió realmente en los propios claustros, no fue inducido desde fuera» (p. 82). Con esto, no niega las influencias que otros modelos universitarios pudieron tener en España (73-76), sino que enfatiza en el factor interno, en el esfuerzo dado desde dentro por impulsar una transformación. Como bien queda planteado en el texto, y sobre el que ya hemos hecho alusión, fue en el movimiento de reforma universitaria a través de la llamada Autonomía Universitaria donde se generó la tan ansiada reforma en un proceso nunca fácil y que no llegó a completarse hasta la Segunda República y de forma única y exclusiva en las Facultades de Filosofía y Letras de las universidades madrileña y barcelonesa (pp. 82 y ss.).

De forma simultánea, y también como consecuencia, las facultades de Filosofía y Letras y Derecho experimentaron y culminaron unas transformaciones disciplinares que ve-

nían gestándose desde hacía más de dos décadas. Así, los textos de Mario Pedrazuela («El desarrollo científico de las humanidades: La sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras y del Centro de Estudios Históricos») y de Sebastian Martín («La modernización del discurso jurídico en la Universidad Central durante la Segunda República») ahondan sobre todo ello. Como demuestra Mario Pedrazuela para el caso de la Filología, la reforma de García Morente abrió las puertas para que Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro, catedráticos en la Facultad e investigadores en la Escuela Filológica española de la JAE, introdujesen de una vez por todas en la universidad madrileña, unas formas de entender la filología que ya estaba asentada en las universidades europeas y venían desarrollándose en el Centro de Estudios Histórico de la JAE desde 1910.

Caso similar es el analizado por Sebastián Martín para las Ciencias Jurídicas. Como subraya a modo de hipótesis, fue durante la Segunda República cuando comenzó a configurarse un peculiar paradigma en la ciencia jurídica, caracterizada por una racionalidad jurídico-político republicana que implicó, a su modo de ver, una notoria modernización del discurso jurídico (p. 171).

Después de todo, esa nueva generación de investigadores que accedieron a nuevas plazas de catedrático durante la década de 1930, así como buena parte de sus maestros, se habían formado en el extranjero. Ambos autores no dudan en resaltar el peso que había tenido la forma-

ción en el extranjero para muchos de aquellos. Las pensiones de las JAE permitieron a muchos de ellos, abrirse a nuevos horizontes intelectuales y conocer a través de aquellos viajes, otras formas de pensar y acercarse a sus disciplinas. Tal y como destaca Sebastián Martín para el caso de la jurisprudencia (p. 196), o Mario Pedrazuela para la filología (p. 167), esa formación en Europa y en Alemania en concreto fue fundamental para entender la renovación disciplinar.

Y a quienes no llegaron las pensiones de la JAE, hubo otras opciones. Durante la Segunda República se completó la creación de un campus universitario y su primera residencia universitaria, la Residencia Fundación Amo. Como plantea Álvaro Ribagorda (La fundación del Amo y las residencias de la Ciudad Universitaria), lo interesante de todo ello es ver como esta Residencia fue impulsada por agentes externos a la universidad a través de la Fundación Amo, dirigida por el emigrante Gregorio de Amo. Y al igual que la residencia de estudiantes de la JAE, aquella tuvo pretensiones muy similares (p. 123).

Sin embargo, las estancias en el extranjero no solo fueron útiles para la formación de los pensionados. Supusieron además, una plataforma fundamental desde la que, con el correr de los años, crear una serie de redes científicas con otros países. En este sentido, el texto de Consuelo Naranjo Orovio (La inserción de la Universidad Central en las redes científicas y culturales americanas) nos ofrece en el estudio del america-

nismo una ventana a través de la cual conocer los modos en que se entretejieron aquellas conexiones.

Como en los casos anteriores, todo empezó mucho antes de la llegada de la República. Comenzó a finales del siglo XIX. Entre esos años y 1915, fue Rafael Altamira quien desde la Universidad de Oviedo y más tarde desde las JAE, se convirtió en uno de los principales protagonistas de estos contactos. Después de todo, Altamira a través de su sección sobre Metodología de la Historia del Centro de Estudios Históricos (CEH) de la JAE, activó el interés del estudio sobre América, convirtiéndose de este modo en su mayor impulsor. (p. 228).

No obstante, no fue el único. Otros catedráticos de la Central y a su vez miembros del CEH de la JAE, se sumaron al interés y a través de iniciativas, en muchos casos personales más que institucionales, comenzaron las andadas en unas relaciones que con el paso del tiempo y de forma paulatina, fueron dando sus frutos. Así, progresivamente, este tipo de iniciativas fueron dejando paso a intercambios culturales entre nuevas instituciones españolas y americanas. Sólo así podemos entender el éxito de la JAE en semejante empresa y la proliferación por todo el continente americano, a lo largo del primer tercio del siglo XX, de instituciones culturales (p. 231).

Aquellos intercambios culturales y relaciones institucionales desembocaron durante la Segunda República, en una mayor presencia de estudiantes y profesores visitantes en la

Universidad Central. Con este tema como telón de fondo y un enfoque de historia cruzada, el texto de Leoncio López-Ocón («Entrecruzamiento hispano-americano en la Universidad Central (1931-1936)») es una valiosa aportación que se complementa y sirve de continuación al texto de Consuelo Naranjo.

La facultad de Derecho sobresalió por su interés y desarrollo en el estudio de temas americanos. La cátedra sobre Instituciones Americanistas ocupada por Altamira y la Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Facultad de Derecho, se convirtieron en los principales espacios y órganos de expresión en los que participaron de muy diversas formas los profesores y estudiantes mexicanos que visitaron la central durante los años de la Segunda República (p. 247). Nombres como los de Cosío Villegas o Silvio Zavala son algunos casos que dan nombre a unos protagonistas que tomaron parte muy activa en aquel proceso y que favorecieron sin lugar a dudas unas relaciones científicas, pero también culturales entre España-México. Unas personas que años después, y en plena guerra civil española, ayudarían a muchos de sus colegas y amigos de la Facultad de Filosofía y Letras en aquel exilio a tierras mexicanas.

Quedaría por hablar acerca de la vida universitaria.<sup>3</sup> La universidad madrileña asistió durante la década de 1930 a un escenario de politización creciente. Como demuestra Eduardo González Calleja, los movimientos por la autonomía y reforma universitaria abrieron la puerta a la

representación estudiantil y sus asociaciones. Desde entonces y hasta el estallido de la guerra civil, el protagonismo de los movimientos estudiantiles fue casi absoluto. De hecho, la oposición estudiantil contra la dictadura de Primo de Rivera y más tarde contra la Monarquía marcaron un antes y un después en la politización de los estudiantes madrileños. Así, las experiencias vividas durante aquellos años prepararon el terreno para la radicalización de posturas políticas y la generalización de los fenómenos de violencia durante los años republicanos. Cuestión constatada por González Calleja pero también por José María Puyol Montero quien llega a afirmar «que la universidad y particularmente su facultad de Derecho reflejaban así en sus actas la gran tensión política existente durante la segunda república española» (p. 321).

Sea como fuere, tras el golpe de estado de julio 1936 todos los acontecimientos se precipitaron. Y así, durante los tres largos años de guerra, la universidad de Madrid vivió, en palabras de Carolina Rodríguez López una suerte de tres vidas: «la que procuró sostener la normalidad vigente del régimen republicano en Madrid, la que se ofreció en Valencia tras su traslado, y aquella otra, franquista, que desde comienzos de 1939 estaba empezando a perfilarse» (p. 324).

Finalmente y como conclusión, solo queda valorar positivamente el esfuerzo colectivo de esta obra por alumbrar desde diferentes perspectivas la historia de la Universidad Cen-

tral durante la Segunda República así como por subrayar los esfuerzos del régimen republicano por impulsarla y respaldarla institucionalmente.

Arturo COMPÉS  
*Universidad de Zaragoza*

### Notas

- <sup>1</sup> Una mirada acerca de los efectos teóricos sobre la posmodernidad ha tenido sobre la disciplina histórica vid. Keith Jenkins, *Repensar la Historia*, Madrid, S. XXI, 2009.
- <sup>2</sup> Esta obra forma parte de la serie de «Historia de las Universidades» del Figuerola Institute of Social Science History de la Universidad Carlos III de Madrid que ha publicado más de treinta y tres volúmenes desde que se puso en funcionamiento en 1999. Acceso a la página y a todos los volúmenes en pdf en [http://portal.uc3m.es/portal/page/portal/instituto\\_figuerola/programas/phu/historia\\_universidades/monografias](http://portal.uc3m.es/portal/page/portal/instituto_figuerola/programas/phu/historia_universidades/monografias)
- <sup>3</sup> Eduardo González Calleja: *La politización de la vida universitaria madrileña durante los años veinte y treinta*; José María Puyol Montero: *La Facultad de Derecho de la Universidad Central en sus actas (1931-1936)*; Carolina Rodríguez-López: *Las tres vidas de la Universidad de Madrid durante la guerra civil*.

## «Laurak bat»: cuatro historiadores ante el lehendakari Aguirre

Ludger Mees, José Luis de la Granja, Santiago de Pablo y José Antonio Rodríguez Ranz, *La política como pasión. El lehendakari José Antonio Aguirre (1904-1960)*, Madrid, Tecnos, 2014.

Hace unas pocas décadas este libro o no hubiera existido o se le consideraría el testimonio de una decrépita forma de hacer historia. Sin embargo, en estos momentos refleja con naturalidad lo que debe ser un buen libro de historia, cuyo objeto es la trayectoria vital de una persona. Uno de los elementos que ha cambiado ha sido la distinta percepción de las individualidades en la historia, ya no la personificación del poder y de lo extraordinario, sino el reflejo –no la encarnación– de un tiempo, de una sociedad. Hasta tal punto que se habla desde hace al menos tres lustros de un giro biográfico en las humanidades. En el trasfondo de esta preocupación está el interés por comprender tanto las sociedades de los biografiados como el proceso completo del cambio histórico y social. Recoge también con fuerza la subjetividad, alejada del interés racional por la relevancia del individuo destacado. Y esto además lleva a la humanización del relato histórico, porque el protagonismo ya no se asocia solo al carisma del poder y a la repercusión de los actos realizados. Ya no es necesaria una gran actuación pública, pues un humilde

menestral, un obrero o un campesino reflejan el papel que cada individuo puede jugar en la sociedad en la que vive. De alguna manera podría decirse que la inserción del hombre común en la vida social a todos los niveles mostraba la necesidad de democratizar el relato histórico. No es casual que Aaron Copland lanzase su *Fanfare for the common man* (1942), inspirada en el discurso que el vicepresidente de los EE.UU. Henry Wallace pronunció en mayo de ese año, en el que destacaba que el mundo entraba en el siglo del hombre corriente. Tampoco es extraño que esta composición de Copland se versionase con éxito en 1977 por el grupo *Emerson, Lake and Palmer*, en un tiempo de nuevos y profundos cambios. El individuo común asumía un protagonismo del que la biografía de origen grecorromano le excluía.

Y junto a esta democratización, se ha producido una novedad más, como es la atención prestada, en los biografiados por su relación con el poder o la creación, a la construcción de los motivos de su relevancia. ¿Qué mantiene viva la memoria de Hitler? ¿Por qué seguir elaborando biografías de Franco? ¿Tiene Miguel Ángel nuevas facetas que no abordara ya Vasari en la postrera biografía de sus *Vidas*? ¿Qué llama la atención a Echenoz de Zátpek, de Tesla o de Ravel? ¿Por qué cada vez más la biografía de un «personaje» del pasado se centra con preferencia en el período posterior a su muerte? ¿Es la construcción de Luis XIV de Burke, o el San Luis de Le Goff un testimonio del interés que despierta la cons-

trucción del personaje más allá de su propia vida?

Lo significativo es que la mirada democrática hacia el hombre común llevó más a una historia social que al examen del individuo, que a una historia que, como criticaba Braudel, estaba hecha no a la medida del hombre, sino del individuo. Por su parte, el interés posmoderno en la construcción de los relatos biográficos suponía en el fondo la negación de la relevancia del personaje más allá de la narrativa que servía para realzarlos. Y sin embargo, de esta doble negación surgió el interés por una biografía en la que el individuo era capaz de reflejar en sí mismo los rasgos más sobresalientes de la sociedad y, por tanto, con ese objetivo cualquiera de los individuos resultaba revelador, fuese o no un héroe en el sentido de Carlyle. Y, en segundo lugar, el interés por las narrativas que construían los personajes a posteriori ayudó a comprender mejor los motivos de su importancia, el uso social que su biografía revelaba y los intereses que se escondían tras cada una de las vidas analizadas.

Es en esta conjunción donde cabe entender la soberbia biografía del lehendakari Aguirre que surge del grupo de investigación que en este caso encabeza Ludger Mees, fruto de un buen número de investigaciones y publicaciones previas y, hasta cierto punto, la culminación de un largo proceso. En ella encontramos una biografía clásica, tradicional por girar en torno a la vida política de un personaje relevante, un héroe en el sentido de Carlyle. En este recorrido

por la pasión política del personaje se tocan cuatro grandes períodos: infancia y juventud; Segunda República, guerra civil y exilio. Se podría objetar este esquema político como deudor de modelos anquilosados, pero en realidad se sirve de él para analizar una trayectoria de enorme intensidad en el tiempo (apenas tres décadas) y, sobre todo, un recorrido vital que convivió con la construcción y mitificación del personaje en vida. Cuando Aguirre murió en 1960 ya era un mito que trascendía ampliamente al ser humano concreto. En marzo de ese año nacía Aguirre como «símbolo, enseña, mito» (p. 601). Como se señala en el prólogo, la «vigencia de la memoria contrasta con el escaso conocimiento de la vida y obra de Aguirre. Da la impresión de que lo que se recuerda y homenajea es más el símbolo, e incluso el mito, que la huella dejada por un líder político de carne y hueso» (12). Y es que uno de los objetos de esta biografía es, también, atender a esa mitificación.

Hay que tener en cuenta, además, otro factor que aleja este libro de un modelo anquilosado de biografía, como es el reflejo de la situación social, política y cultural que en cada momento atraviesa su protagonista. Es imposible entender a Aguirre joven y niño sin tener en cuenta la presencia de los jesuitas en su formación, su catolicismo militante, su conexión con la élite empresarial vasca, su activismo social en el entramado de las organizaciones confesionales de la Vizcaya del primer tercio de siglo y, sobre todo, sin el papel que el nacionalismo vasco

jugó en algunos de los sectores más activos de la sociedad vizcaína. La pasión por el trabajo y por la causa defendida, la entrega, pero también el inmoderado –y a veces infundado– optimismo, se entienden mejor dentro del marco de su tiempo y su espacio, más que limitándonos a la excepcionalidad del individuo concreto. ¿Es posible comprender la pasión política de Aguirre –tal vez el rasgo personal más resaltado por los autores (por ejemplo, p. 230)– sin atender a las exigencias de un grupo social que exaltaba la excelencia a todos los niveles sobre un fundamento profundamente religioso? Como también señalan, ¿era posible comprender a Aguirre fragmentado, aislado en sucesivas láminas de conocimiento parcial? Leer estas páginas significa atender al desarrollo del mundo empresarial, al del activismo católico, al de la consolidación del nacionalismo vasco a todos los niveles. Su paso por Deusto, o las políticas sociales desarrolladas en la empresa chocolatera familiar y su inserción en la estructura *jelkide* y no en la de la CNV responden a circunstancias relevantes de su entorno sin las cuales una biografía quedaría en mera hagiografía. De ahí surgió la intensa ética pública, de firmes valores y profunda implicación personal que hizo de Aguirre «un político premaquiavélico» (524), con todas sus ventajas e inconvenientes, como mostró a lo largo de su vida política, y que tal vez pudieran resumirse en su activismo entusiasta, en su pasión política, por un lado, y en el ingenuo idealismo con que veía la realidad.



La estrella política del futuro lehendakari, forjada en sus años juveniles, fraguó con la llegada de la República, un tiempo trascendental donde se comienza a forjar el mito, ya consolidado en la guerra civil y reforzado en la diáspora. También aquí resulta fundamental atender a la decisión del PNV de nombrarlo candidato al Ayuntamiento de Getxo, dado el sesgo municipalista que adoptó el movimiento autonómico que impulsaban los nacionalistas, calificado significativamente como «cruzada» (p. 98). Este componente permite entender mejor la cercanía al carlismo, pero también su alejamiento a partir de 1932, o el camino inverso con la izquierda, y el proceso estatutario desarrollado en el intervalo. A raíz de ello resultan comprensibles las palabras que Aguirre pronunció en julio de 1937 ante Azaña, al afirmar que Navarra «ha sido desleal a la causa vasca». Esto nos muestra la presencia de la política vasco-navarra, pero también nacional –no hay que olvidar la importancia de la referencia catalana, tanto en la República como durante la guerra e incluso en el exilio, pese al enfrentamiento con Tarradellas–, como marco para hacer factible la comprensión del biografiado. Revelan estas palabras que, en su percepción, afrontaba una tarea que trascendía con mucho la mera política para entrar en el terreno de la construcción nacional, él mismo sujeto y actor de ese proceso de construcción, como lo revela su experiencia bélica al frente del embrión de estado vasco cuya consecución tanto persiguió. Pero junto a

este radicalismo hay que valorar la entrada, ya en el exilio, en una fase más posibilista, en la que el programa máximo podía construirse con cesiones y acuerdos incluso con los teóricos –y reales (véase la carta de Aguirre a Franco del 25.10.1939)– opuestos a los planteamientos del nacionalismo vasco. Su intensa actividad para lograr que el parlamento republicano llegara a acuerdos fue apreciada como un intento loable pese a las numerosas divisiones del exilio. Incluso esta implicación en la política «nacional», no supuso críticas a Aguirre en el PNV, sustentado en su carisma incombustible. Lo significativo es que hacia el final de su vida, tal vez el período más oscuro y triste de su vida, los jóvenes más radicales, sin la experiencia de lo ocurrido ni el contacto con Aguirre, se convirtieron en críticos feroces de su figura, a la que observaban sin el aura carismática que sus coetáneos le habían otorgado tras su fuga de las garras de la Gestapo, cuando consideró que el mejor lugar para despistar a los nazis era dentro de la propia Alemania, de la que acabó escapando para llegar finalmente a EE.UU.

Durante los años iniciales del exilio buscó ganarse la confianza de la administración y las élites norteamericanas, y en parte lo logró, por ejemplo con Henry Wallace, al que mencionábamos como impulsor del elogio al hombre común que Aguirre distaba tanto de ser. Desarrolló allí su ya arraigado interés por la historia en general, de la que fue profesor en la Universidad de Columbia. La colaboración con los servicios de informa-

ción estadounidenses, como la esperanza que años después depositó en una Europa unida, fueron actitudes y estrategias para la consecución de un objetivo interno, nacionalista vasco, pese a que cada vez más militantes del PNV lo rehusaran (Monzón o Ajuriaguerra, la revista *Irrintzi* desde Caracas, o los primeros integrantes de la escisión que dio lugar a ETA).

Por eso resulta un valor añadido a esta biografía la inserción de otras figuras igualmente míticas, aunque al amparo de la alargada sombra del carisma del primer lehendakari, como Manuel de Irujo, omnipresente en las páginas de este libro, Pepito Grillo de un Aguirre que, pese a la sinceridad en ocasiones brutal del navarro, como en los primeros momentos del exilio, lo mantuvo a su lado y se convirtió en referente y punto de conexión entre dos épocas; o Telesforo Monzón, Jesús de Galíndez, Indalecio Prieto (amor y odio, enfrentamiento y colaboración), Manuel Ynchausti, su principal valedor e introductor en EE.UU., Juan Ajuriaguerra y tantos otros como desfilan por su biografía.

En definitiva, estamos ante una gran biografía, una obra culmen no tanto por terminada como por haber logrado plantear a un personaje en su globalidad, abriendo de paso nuevas puertas para continuar en la investigación en la que mito y realidad se dan la mano. La complejidad del ser humano y la construcción del relato sobre el sujeto público proporcionan el objeto ideal de los modelos actuales de biografía y, en este libro, un buen ejemplo de lo que debe ser este

añejo género historiográfico, longevo y de constante vigencia.

Francisco Javier CASPISTEGUI  
*Universidad de Navarra*

## Los que ganaron la guerra

Ángel Alcalde, *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

Desde que George L. Mosse publicase en 1990 su obra ya clásica *Fallen soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, la figura de los excombatientes se convirtió en un objeto de estudio de primer orden en la historiografía europea de la guerra moderna.<sup>1</sup> Siguiendo su estela, los historiadores de países como Alemania, Italia o Francia se plantearon nuevas preguntas ¿cómo afectó la experiencia bélica, en especial la Primera Guerra Mundial, a los combatientes? ¿se vio transformada su mentalidad? Y tras su desmovilización ¿en qué grado afectó el regreso de aquellos hombres a las sociedades europeas de posguerra? Por su lado, la historiografía española seguía su propio camino, alejada de los principales debates en curso en otros países, salvo en casos excepcionales. Los estudios sobre la guerra civil, princi-

pal acontecimiento traumático del pasado reciente español, se centran en la violencia en retaguardia y, más concretamente, en la represión franquista. No resulta extraño que el interés por las transformaciones culturales, los cambios en las mentalidades y las identidades colectivas fuese, como mucho, secundario. Y la figura de los excombatientes quedó igualmente silenciada, eclipsados por otros protagonistas del conflicto, verdugos y víctimas de una violencia que tenía lugar lejos del frente.

En el caso del libro que nos ocupa *Los excombatientes franquistas* estamos ante una obra importante por varios aspectos. En primer lugar, como ya apuntábamos, el propio objeto de estudio es novedoso y el autor lo analiza con gran detalle. El marco cronológico del estudio es muy amplio, cubre las tres décadas que transcurren desde el inicio de la guerra, durante la cual se forjaría esa cultura de guerra franquista, auténtica matriz de la identidad excombatiente hasta los años sesenta. A lo largo de este periodo podemos observar con detalle diversos fenómenos: la conformación de una identidad combatiente y, después, excombatiente; como pervive la misma a través de diversas iniciativas institucionales (leyes, congresos, homenajes) y de la participación política de sus portadores, adaptándose a las diversas coyunturas internacionales y nacionales, pasando por momentos críticos y resurgiendo con fuerza después.

El libro está dividido en cuatro partes que mantienen una fuerte relación entre ellas, lo que da a la obra

un alto nivel de coherencia interna. En la primera de estas partes se pone el foco en la conformación de una cultura de guerra entre los hombres que lucharon en la Guerra Civil. En la segunda se trata la adaptación a la sociedad de posguerra de unas personas «transformadas» por la experiencia de la guerra, hasta el punto de encarnar una nueva forma de identidad colectiva, una identidad excombatiente, que tiene una contrapartida institucional, la Delegación Nacional de Excombatientes, creada en el año y que se convertirá en uno de los pilares sobre los que descansa el régimen de Franco. También se trabaja la forja de una segunda generación de excombatientes, conformada por los integrantes de la División Azul que combatió en Rusia frente a las tropas de la Unión Soviética.

En el tercer capítulo, el autor trata la adaptación de la identidad excombatiente, de las instituciones que la representaban y de su relación con el régimen durante los años que siguieron a la derrota internacional del fascismo. En un momento de reorganización de geopolítica de gran importancia en el que cambiaron los principales aliados internacionales del régimen español el régimen se alejó de los excombatientes que dejaron de ser tan celebrados como en el periodo anterior. Durante este periodo en el que los lazos que unían la suerte de la dictadura con los excombatientes y su principal organización la identidad excombatiente se reformuló, purgándose de los elementos fascistas y potenciando el contenido católico.

A mediados de la década de los cincuenta el régimen comenzó a revitalizar la relación con los excombatientes, lo que da inicio a una etapa diferenciada de las relaciones entre ambos que Alcalde trata en la última parte del libro. A lo largo de los últimos años del régimen la figura del excombatiente volvió a ser un pilar fundamental de la dictadura, insertada ahora en la retórica de los «25 años de paz» pero manteniendo buena parte de su contenido violento.

El autor analiza estos fenómenos a través de una gran cantidad de fuentes que no habían sido exploradas hasta el momento procedentes de archivos y hemerotecas, así como numerosos libros y folletos. Resultan especialmente interesantes todos los documentos relacionados directamente con los combatientes y los excombatientes entre los que encontramos varios títulos de prensa de trincheras y boletines de las asociaciones de excombatientes.

Otro aspecto significativo del estudio de Ángel Alcalde es que nace con una voluntad de participar en debates en curso en la historiografía internacional, como no podría ser de otro modo en un investigador que desarrolla su actividad en la Universidad internacional de Florencia. La obra se enmarca en una vigorosa tradición de historia cultural de la guerra que pone su foco en la experiencia individual y colectiva y su capacidad transformadora sobre los sujetos. El autor propone que el paso por el frente fue un momento de transformación, un rito de paso, es la expresión que utiliza, en la que

la violencia aparece como una experiencia crucial: en ese momento se forjó una identidad combatiente que será decisiva para la gestación del fascismo en España. Durante la primera parte estudia en profundidad la realidad del frente, la vida diaria de los soldados, las adversidades a las que hacen frente, las relaciones entre soldados y oficiales, entre soldados y soldados y entre soldados y civiles. El autor recurre a la comparación con otras experiencias europeas, como la Primera Guerra Mundial, los fascismos italiano y alemán y la Segunda Guerra Mundial. De todo este interés y conocimiento de la literatura histórica sobre la guerra total se deriva un segundo aspecto, íntimamente ligado con el anterior; lejos de ser una obra meramente descriptiva, el autor utiliza conceptos analíticos como *fascismo*, *cultura de guerra*, *identidad excombatiente*, «*consenso*», *brutalización*.

Al mismo tiempo, la obra no es ajena a las temáticas por las que avanza la historiografía española en los últimos años. El autor se mete de lleno en los debates sobre la génesis del fascismo español y los apoyos sociales del franquismo. Ángel Alcalde muestra como el grupo de los excombatientes se convirtió en uno de los mayores apoyos a un régimen político que constantemente les interpellaba a través de prácticas ritualizadas y discursivas pero también con la oferta de ventajas laborales y posibilidades de promoción política canalizadas por medio de redes personales que mantenían vivo el apoyo de estos hombres a la dictadura naci-

da de la guerra. En la cúspide de esta construcción cultural y política se situaba la figura de Franco, referencia esencial para los excombatientes y cemento simbólico.

Sin embargo, la obra de Ángel Alcalde no está exenta de ciertos problemas o límites impuestos por los puntos de partida que adopta el autor. Uno de ellos podría ser una concepción demasiado estática y uniforme de la identidad. Al poner tanto énfasis en el cambio que supuso la guerra parece que las identidades previas fuesen estáticas y carentes de problemas, cuando los años de intensa movilización política de la II República se caracterizaron por una fuerte inestabilidad de determinadas identidades colectivas. Hay algún guiño a los orígenes sociales y culturales de las identidades excombatientes, pero no hay lugar a un análisis completo del impacto de la violencia sobre las identidades previas. Por eso consideramos que la obra se beneficiaría si tuviese en cuenta cómo interactúa la experiencia de guerra con unas identidades previas que, en buena medida, se encontraban ya discutidas y en transformación, determinadas por todo un conjunto de procesos económicos, políticos, sociales y culturales de larga duración y que encontraron en la guerra uno de sus posibles resultados.

Una de las consecuencias de lo anterior es que no queda totalmente claro si la identidad excombatiente es única y homogénea o es múltiple y heterogénea. Seríamos injustos si dijéramos que el autor no se muestra atento a la diversa procedencia social de los combatientes y las diferencias

internas entre los excombatientes. Sin embargo, por momentos la identidad excombatiente aparece como una amalgama ideológica homogeneizadora, que incluye por igual a los miembros de las clases más favorecidas y a los de las clases populares a pesar de las diferencias en el acceso a las prebendas del régimen. Por eso consideramos que una línea de investigación para el futuro podría ser la de estas diferencias internas entre el grupo de excombatientes, cuales eran sus causas, qué nos dicen sobre el propio régimen franquista y cómo se manifestaron a nivel identitario.

En conclusion, la obra de Ángel Alcalde muestra un gran interés por tratar un tema que no había sido abordado todavía en España. El autor es un buen conocedor de los debates historiográficos nacionales e internacionales, en los que se mueve con soltura, haciendo una aportación que continúa en la línea de otros trabajos recientes dentro del estudio de la guerra civil. Por último, a pesar del completo trabajo que tenemos entre manos, el tema no está todavía agotado y sería interesante que nuevos investigadores, o el mismo Ángel Alcalde, recojan el testigo y profundicen en el conocimiento de la cultura de guerra franquista y la identidad excombatiente.

Pablo GÓMEZ NOGALES  
*Universidad de Zaragoza*

#### Notas

- <sup>1</sup> George L. Mosse, *Fallen soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1990.